



Sin título (*black-red-over-black-on-red*), 1964. Obra de Mark Rothko. ALAMY

ENSAYO

Cuando el vino era negro azulado

Más que la naturaleza, el pigmento, el ojo o el cerebro, es la sociedad la que crea los colores. Michel Pastoureau lo cuenta en una fascinante mezcla de historia y memoria

POR ALBERTO MANGUEL

Cierta noche de invierno, Robert Louis Stevenson tuvo una pesadilla en la que vio aterrado una gran mancha parda que le inspiró, años después, *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Concedor de las vastas estepas de Arabia, T. E. Lawrence llamó al desierto "lo blanco". Para García Lorca, misteriosamente, el verde encarnaba el deseo. Paul Éluard dijo que la Tierra era "azul como una naranja" (intuición confirmada por los primeros astronautas). Rimbaud atribuyó colores a las vocales y prometió que un día revelaría "sus orígenes secretos". Los colores existen para nosotros a veces como presencias absolutas y a veces como atributos. Sin embargo, no todos acordamos en la definición de lo que comúnmente llamamos "color".

En 1810, en *Farbenlehre*, su voluminoso tratado sobre los colores, Johann Wolfgang von Goethe se hizo esta pregunta: "Un vestido rojo ¿sigue siendo rojo cuando nadie lo mira?". Coincidiendo con la opinión de su contemporáneo el obispo George Berkeley, Goethe respondió que no. El ojo humano capta un reflejo de la luz cuya longitud de onda varía de superficie en superficie, y el cerebro convierte esa onda en algo que llamamos "color" y cuyo significado cambia de época en época y de cultura en cultura.

"Más que la naturaleza, el pigmento, el ojo o el cerebro", declara Michel Pastoureau en su libro más reciente, *Los colores de nuestros recuerdos*, "es la sociedad quien 'hace' el color, quien le otorga definición y sentido, quien declina sus códigos y sus valores, quien organiza sus prácticas y determina sus aportaciones".

Pastoureau, autor entre muchos otros títulos de *Azul: historia de un color*, *Breve historia de los colores* y un *Diccionario de los colores*, aborda en este último trabajo cromático el concepto social de tal encarnación del *esse est percipi* berkeleyano. Aprendemos así que en la mayoría de las culturas africanas, hasta muy recientemente, lo esencial no era saber si un color era amarillo o azul, sino si era seco o húmedo, liso o rugoso, tierno o duro, sordo o sonoro.

En Occidente, desde el periodo neolítico hasta la Alta Edad Media, el blanco, el rojo y el negro fueron los principales colores en los vocabularios ideológicos y simbólicos; es decir, aclara Pastoureau, "el blanco y sus contrarios". Recordemos que, en el ajedrez por ejemplo, el rojo, no el negro, fue a sus comienzos el contrario del blanco. A lo largo de los siglos este número se duplicó, y a la triada primitiva se agregaron el verde, el amarillo y el azul, que siguen siendo los colores que la gente nombra primero en las encuestas. Los que vienen después —el naranja,

el rosa, el violeta, el marrón, el gris—son considerados de segundo rango. "¿Y después?", pregunta Pastoureau. "Después ya no hay nada, o al menos no colores de verdad, susceptibles de aislar y categorizar, sólo tonalidades y tonalidades de tonalidades".

Los tres colores que Pastoureau llama "primarios" y los secundarios definen (al menos para los occidentales) todas las cosas de nuestro mundo: las uvas verdes de la zorra de Esopo, la manzana roja que envenena a Blancanieves, el mar color vino de los griegos (cuyo vino era negro azulado), el blanco sol y la amarilla luna de Borges. Quizás por eso nuestros recuerdos corresponden a ciertos colores, y una tonalidad determinada puede despertar en nuestra memoria la imagen de un evento olvidado, un rostro del pasado, un lugar que ya no existe. *Los colores de nuestros recuerdos* son la cartografía colorida y personal de Pastoureau trazada en un estilo elegante y ameno, hábilmente traducida al castellano por Laura Salas Rodríguez.

Es casi siempre fascinante cuando un investigador académico abandona por un momento el discurso formal y pasa a la primera persona. El tono de confesión, de intimidad de un gran conocedor de un cierto tema abre en el texto académico lo que Barthes llamaba "esos resquicios por los que la ropa bosteza". Pastoureau, quien se autodefine como "hipersensible cromático", nos revela por qué asocia el surrealismo con el color amarillo (porque André Breton, amigo de su padre, llevaba puesto un chaleco amarillo cada vez que venía a cenar) y a De Gaulle con el color rojo (porque creía haber leído en *Me acuerdo*, de Georges Perec, que el general tenía un hermano pelirrojo). Estos dos recuerdos, Pastoureau comprobó más tarde, eran falsos, pero gracias a lo que los psicólogos llaman "persistencia de la memoria" sus asociaciones entre los personajes y los colores persisten aún hoy. No todos sus recuerdos asociados a colores son erróneos. Es cierta la asociación de las rayas blancas y azules con el Jardín de Luxemburgo, donde un guardia paranoico amenazó al niño Pastoureau con la cárcel; también el azul "casi marino" de una americana asociado a la vergüenza que sintió el adolescente Pastoureau en cierta fiesta de casamiento; también el rojo de los pantalones de una compañera de escuela que el joven Pastoureau asoció para siempre con sentimientos de transgresión y de peligro. Los recuerdos coloridos del historiador conciernen a su infancia y su juventud, la política y la gastronomía, las artes y las letras, la medicina y la filosofía. Hay personas para quienes el mundo se compone de sonidos o de sabores. El mundo de Pastoureau está hecho de colores que, rescatados del olvido, acaban componiendo una autobiografía cromática de enorme encanto y erudición.

Los colores de nuestros recuerdos

Michel Pastoureau. Traducción de Laura Salas Rodríguez. Periférica, 2017. 264 páginas. 19 euros

ENSAYO

Alcaldes, lean esto

POR ANATXU ZABALBEASCOA

El vientre de Nápoles, el primer gran reportaje literario en italiano, es a la vez una investigación de la vida cotidiana, una denuncia de la pasividad gubernamental y un testimonio de la evolución como cronista de Matilde Serao (1856-1927), cofundadora de *Il Mattino*. Tenía 28 años cuando redactó la primera parte de este relato buscando entender cómo vivía la población de su ciudad que quedaba lejos de su círculo. "la miseria de quien trabaja 14 horas al día y muere en la misma habitación en que otros comen o duermen". Sagaz observadora, investigó con respeto pero sin distancia. Así, el libro se vuelve político cuando, más allá de describir calles nunca barridas o esa mezcla de usura y lotería que perpetúa la pobreza, Serao reflexiona sobre las consecuencias del inmovilismo municipal. Veinte años después de las primeras descripciones, la acción que reclamaba ha sucedido. Parte de la ciudad se ha saneado, otra se ha maquillado con "el biombo de nuevos edificios y avenidas que se ven desde la estación". Junto al puerto hay viviendas para pobres, pero en ellas se han instalado los artistas: los buzos y los pescadores de pulpo no pueden permitírselas; los ultramarinos han desaparecido, pero hay más tabernas. ¿Les resulta familiar esa transformación? En esta crónica del desarrollo de Nápoles la gentrificación no tenía todavía nombre, pero las consecuencias las conocemos. Como señala Serao, "el Gobierno tendría que saber la otra parte". Cualquier metrópolis retrata a su sociedad y es una escuela de ciudadanía. También para quienes la dirigen.

El vientre de Nápoles

Matilde Serao
Traducción de J. A. Méndez Gallo Nero, 2017. 164 páginas. 16 euros

DIARIOS

Fingidor auténtico

POR LUIS BAGUÉ QUÍLEZ

La nueva entrega diarística de José Carlos Cataño se centra en el bienio 2008-2009. La asincronía entre la fecha de escritura y la de publicación no resta interés a un testimonio que oscila entre el diario (de) interior y "la novela de un literato". En efecto, *La vida figurada* no es exactamente un breviario íntimo, ni un friso social, ni un prontuario lírico, ni un cuaderno de viajes, pero reúne características dispersas de todos estos géneros, desde la reconstrucción (literal y literaria) del álbum familiar hasta la sátira a los arribistas de cualquier pelaje. Si tomamos al pie de la letra la declaración del prólogo, el título del volumen reflejaría el simulacro que entraña la conversión de la experiencia en verbo: "Todo lo que termina en palabra pudiera ser vida (...) aparente, porque la de verdad se resiste a ser traducida". Sin embargo, Cataño no se limita a reproducir el tópico posmoderno que afirma, sobre la falisilla de Pessoa, que "el poeta es un fingidor", sino que sabe que la lección del vate portugués se completa unos versos después: "que hasta finge que es dolor / el dolor que en verdad siente". En ese contacto entre autenticidad y figuración se sustenta una identidad escindida que no renuncia a sus orígenes canarios, pero que encuentra en Barcelona (donde reside desde los años setenta) un anclaje deíctico: "¿Cómo es que sigo aquí? ¿Y dónde es aquí?". En suma, esta es la biografía parcial (a ratos displicente y a ratos apasionada) de un yo exfuturo sospechosamente parecido a José Carlos Cataño.

La vida figurada

José Carlos Cataño
Renacimiento, 2017. 231 páginas. 10,90 euros

